LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 14 DE FEBRERO DE 1887 — NUM. 268

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.—El juego*, arreglo de un cuento de Hoffmann.—*La pasión y muerte de Jesús.* (Panorama circular en Munich).—*Historia de un hombre contada por su esqueleto* (continuación), por don Manuel Fernández y González.

GRABADOS.—*En la taberna*, cuadro de Andreotti.—*Una fiesta de familia*, cuadro de J. Sperl.—*La primera exposición de un nuevo artista*, cuadro de Franz Kops.—*Avenida que conduce al Panorama.—Una interrupción.—Nivelación del terreno destinado para vestíbulo del Panorama.—Molienda de los colores.—El Anfiteatro del Panorama. —Vista de Jafa. — Interior del Panorama.—Construcción del vestíbulo.—El autor del panorama*, dibujos de F. Wahle.

NUESTROS GRABADOS

EN LA TABERNA, cuadro de Andreotti

No parece ser la taberna sitio á propósito para frecuentado por el artista, que debiera remontar su genio á esferas de luz más intensa y de ambiente menos corrompido. Ello, empero, en la práctica resulta lo contrario, y Velázquez demostró que la brutal estampa de unos cuantos beodos podía reproducirse en un cuadro modelo. Andreotti ha estudiado igualmente á los amigos de Baco, pintando una escena que, sin degenerar en licenciosa, permite apreciar los tristes efectos de la embriaguez. Porque es triste ver á un hombre entrado en años forcejeando con una moza, no con sana intención ciertamente, y á sus compañeros, que en lugar de reprenderle su desvergüenza, hacen de ella objeto de curiosidad y risa.

El lienzo está bien ejecutado; los personajes tienen expresión, movimiento, vida. Andreotti pinta con esa seguridad que únicamente poseen los maestros y no es extraño que sus obras llamen la atención del mundo artístico.

UNA FIESTA DE FAMILIA, cuadro de J. Sperl

Tienen los poetas alemanes el don de inspirarse en las buenas obras de arte, de igual manera que sus poetas se inspiran en las buenas obras poéticas. Raro es el cuadro que llame la atención y no dé lugar á una rima; rara es la poesía de mérito que no despierte la idea de un cuadro. El pintor y el poeta se comprenden perfectamente; después de todo, no es maravilla; uno y otro remontan el vuelo á un mismo espacio, á uno y otro dicen lo mismo Dios y sus obras.

Al cuadro: *Una fiesta de familia*, de Sperl, va unida en Alemania una sentida poesía de Ulrico Meyer. ¿Quién ha inspirado á quién en este caso? Opinamos que al pintor corresponde la primacía; no ha hecho un cuadro único en su asunto, es muy cierto, pero ha escogido una escena tan plácida y la ha realizado con un gusto tan admirable que el idilio del poeta debe haber brotado espontáneamente de su pluma.

La primera exposición de un nuevo artista, cuadro de Franz Kops

Si un buen cuadro es aquel que más se aproxima á la verdad, sin tocar en lo grosero y en un realismo de mal gusto, indudablemente el cuadro de Kops es una obra de arte de mérito superior. El cuadro de género es una especie de comedia de costumbres: la difícil facilidad es la primera de sus condiciones. Ni hay que ir á buscar los tipos entre la canalla, ni cuando el artista desciende á las últimas capas sociales tiene que recargar el original, á pretexto de que obrando de tal suerte, la copia resulta más saliente. En el cuadro, como en la comedia, el que pudiéramos llamar tipo medio es el que está más en carácter, sin negar que sea el que más dificultades ofrezca.

Dentro de este criterio, el lienzo de Kops satisface todas las condiciones didácticas. El asunto es natural y sencillo sin trivialidad. Los personajes están en perfecto carácter: todos se hallan movidos por un mismo resorte; pero las manifestaciones de su impresión individual varían en cada uno de ellos. Esta circunstancia, hábilmente atendida, le quita al cuadro la monotonía, que era su más temible escollo. El mejor elogio que podemos hacer de la obra de Kops es que, dondequiera que fuese expuesta, obtendría el mismo éxito que él ha deferido al imaginario expositor del cuadro.

EL JUEGO

ARREGLO DE UN CUENTO DE HOFFMANN

I

En el verano de 18 .. los establecimientos de aguas de Pirmont atraían multitud extraordinaria de personas. Todos los días crecía la afluencia de ricos forasteros y diariamente se avivaba el ávido pensamiento de los especuladores de todas clases; los empresarios de la banca de

EN LA TABERNA, cuadro de Andreotti

MINISTERIO DE EDUCACION

faraón abrieron sus salones y ostentaron sobre el tapete verde masas de oro con las cuales esperaban atraer una buena caza.

Sabido es que en la estación de los baños y en esas numerosas reuniones en que todos se alejan de sus hábitos, nos dejamos llevar á la ociosidad abandonándonos luego al mágico atractivo del juego. No es raro entonces ver personas, que en otros tiempos y lugares jamás tocan una carta, instalarse tenazmente en la mesa del juego; y por otra parte, es de buen tono, á lo menos en la sociedad elegante, acercarse todas las noches al tapete verde y perder en él algún dinero.

Un joven barón alemán, á quien llamaremos Sigfried, parecía querer resistirse á este atractivo de las cartas y á estas reglas de buen tono. Cuando todos buscaban la mesa del juego y perdía él así la ocasión de continuar una conversación agradable, se retiraba á su cuarto á leer ó escribir, ó bien salía á pasearse al campo.

Sigfried era joven, independiente, rico, de noble aspecto, de carácter alegre; y necesariamente era querido y estimado, y tenía mucho partido entre las damas. En todo lo que emprendía no parecía sino que era guiado y sostenido por una estrella feliz. Se hablaba de cien lances de valor muy peligrosos en apariencia, los cuales hubieron de ser resueltos ligera y felizmente por él. Sobre todo, se refería la historia de cierto reloj que probaba su fortuna constante. Sigfried, muy joven aun, hubo de emprender un viaje, y encontrándose un día en necesidad urgente de dinero, se vió obligado á vender su reloj de oro guarnecido de diamantes. Habíase resignado á dar tan preciosa joya por muy poco dinero, cuando llegó á la fonda en que él estaba un joven príncipe que buscaba precisamente un objeto semejante y lo pagó en más de lo que valía. Un año después, habiendo entrado Sigfried en posesión de su herencia, supo por los periódicos que se sorteaba un reloj; compra un billete por una bagatela y le toca el mismo reloj que había vendido. Poco tiempo después, lo cambia por una sortija de diamantes: entra luego al servicio del príncipe de Hesse, y un día, queriendo éste darle una prenda de estimación, le regala el mismo reloj con una preciosa cadena.

Esta historia hizo más notable la tenacidad de Sigfried que no quería tocar una carta y evitaba este medio de hacer uso de su constante fortuna; y se convino en creer que el barón, con todas sus brillantes cualidades, era demasiado tímido, y acaso demasiado avaro para exponerse á la menor pérdida. No se reflexionó que la conducta del barón alejaba antes bien toda sospecha de avaricia; y como sucede comunmente, bastó la satisfacción de haber imaginado una explicación desfavorable á un hecho inusitado.

Pero muy luego hubo de saber Sigfried lo que de él se decía; y como nada odiaba tanto como las apariencias, aun de la avaricia, resolvió destinar algunos centenares de luises á confundir á sus calumniadores, por más repugnante que le fuera el juego.

En efecto, pasó al salón con ánimo de perder la considerable suma que llevaba; pero la buena suerte que lo seguía á todas partes, le fué todavía fiel. Cada carta que elegía él se cubría de oro. Los más sutiles cálculos de los viejos jugadores fracasaban ante la indiferencia del barón, que ya cambiando de cartas, ya conservando las mismas, siempre, siempre ganaba. Ofrecía el raro espectáculo de un punto que se desespera porque la suerte lo favorece; y los espectadores se miraban unos á otros y al parecer dudaban de la razón de aquel hombre que se irritaba de su misma fortuna.

Como había ganado sumas importantes, se creyó obligado á continuar esperando perder más de lo que había ganado; pero no fué así, su destino triunfó. Sin echarlo de ver, comenzó á tomarle gusto á ese juego, que en su misma sencillez ofrece las combinaciones más azarosas.

El barón no estaba ya descontento de su fortuna. El juego hubo de absorber toda su atención y lo retuvo noches enteras. No era el estímulo del lucro, sino el juego mismo, el juego, con esa magia particular de que le habían hablado sus amigos y que él por sí no había podido antes comprender.

Una noche, al levantar los ojos en el momento en que el banquero acababa una talla, vió enfrente de sí un hombre de cierta edad que lo miraba fija y tristemente. Siempre que el barón levantaba la cabeza, encontraba la mirada sombría de aquel hombre, que producía en su ánimo una impresión penosa é irresistible. El desconocido no salió de la sala hasta que se levantó el banquero.

El día siguiente volvió á ponerse enfrente del barón y como la vez primera lo persiguió con su mirada siniestra.

El barón se contuvo esta vez aún; pero cuando lo vió volver la tercera noche, exclamó en son de enojo:

– Caballero, he de rogaros que toméis otro sitio, pues estorbáis mi juego.

El desconocido se inclinó con sonrisa melancólica, y, sin pronunciar una palabra, salió de la sala.

La noche siguiente estaba de nuevo enfrente del barón, en la misma actitud y con la misma mirada fija.

Sigfried se levantó colérico y le dijo:

– Caballero, si creéis hacer una gracia mirándome de ese modo, os ruego que elijáis otro tiempo y otro lugar. Por ahora...

Una indicación hecha con la mano hacia á la puerta dijo más que las rudas palabras que el barón se abstuvo de pronunciar.

Como la noche anterior, sonrió tristemente el desconocido, se inclinó y salió de la sala.

Agitado por el juego, por el vino que había bebido y por el choque con el desconocido, el barón no pudo dormir aquella noche.

Cuando amaneció, aun tenía al desconocido delante de sus ojos; veía aquel rostro expresivo, vivamente dibujado y alterado por el dolor; veía sus ojos profundos y sombríos, y aquel humilde traje bajo el cual se distinguía á un hombre de buena casa. Al mismo tiempo recordaba la triste resignación con que el desconocido se había retirado de la sala.

– Efectivamente, – se dijo, – he sido injusto con él, cruelmente injusto. No está bien arrebatarse así como un estudiante casquivano y grosero y ofender á un desconocido sin motivo ninguno.

El barón reflexionó entonces que aquel hombre lo había contemplado con tal fijeza sólo porque se veía obligado á luchar contra la amarga necesidad, mientras enfrente de él amontonaba el oro el joven jugador.

Sigfried resolvió buscarlo el día siguiente y reparar los agravios que él mismo se reprochaba.

Por casualidad, la primera persona que encontró el barón paseándose fué precisamente el desconocido.

El barón se acercó á él y se disculpó noblemente por la dureza con que lo había tratado, y acabó por pedirle formalmente perdón.

El desconocido contestó que no tenía nada que perdonar; que era menester pasar muchas cosas al jugador enardecido por la fiebre del juego; y fuera de esto, que él mismo se había atraído el enojo del barón manteniéndose fijamente en un sitio, en que lo incomodaba.

El barón tomó otra vez la palabra diciendo que solía haber en la vida ciertos embarazos que debían de afectar penosamente á una persona decente, y le dió á entender que estaba dispuesto á emplear parte del dinero que había ganado en subvenir á sus necesidades.

– Caballero, – contestó el desconocido, – me suponéis en una situación embarazosa y no es así. Aunque soy en verdad más pobre que rico, lo que tengo basta á mi modesto género de vida. Por otra parte, bien comprendéis, caballero, que si después de haberme ofendido, quisierais reparar esta ofensa con dinero, no podría yo, como hombre de honor, aceptar semejante reparación.

– Creo comprenderos, – repuso el barón, – y estoy dispuesto á daros todas las satisfacciones que podáis desear.

– ¡Dios mío! – exclamó el desconocido – ¡qué desigual sería un combate entre los dos! Estoy convencido de que, como yo, no consideráis el duelo como un juego de niños; creo que no pensáis que dos gotas de sangre que caen de un arañazo del dedo, puedan borrar una mancha hecha al honor. Hay casos en que dos hombres no pueden vivir juntos en la tierra, aunque el uno estuviera en el Cáucaso y el otro á orillas del Tíber; porque no hay punto de separación en cuanto el pensamiento se dirige á la existencia de un ser aborrecido. En tal caso, el duelo es el que decide cuál de los dos ha de hacer lugar al otro; entonces el duelo es necesario. Entre nosotros sería demasiado desigual, porque mi vida no tiene el mismo valor que la vuestra: si os mato, aniquilo todo un mundo de esperanzas; si sucumbo, habéis puesto fin á una existencia llena de ansiedades y penosos recuerdos. Pero lo esencial es aquí que yo no me creo ofendido. Me habéis dicho que saliera y he salido.

El desconocido pronunció estas palabras en un tono que revelaba un resentimiento interior: lo cual fué un motivo para que el barón renovase sus disculpas, y añadió que no sabía cómo ni por qué la mirada del desconocido producía en su ánimo tal turbación que no podía sufrir ni sostener su fijeza,

– ¡Pluguiera á Dios, – exclamó el desconocido, – que penetrara mi mirada bastante adentro en vuestro corazón para mostraros el peligro á que estáis expuesto! Con genio ligero y corazón alegre marcháis al borde del abismo, y un solo golpe puede precipitaros en él sin esperanza. En una palabra, estáis á punto de ser un jugador desenfrenado.

El barón aseguró que se equivocaba completamente. Le refirió por qué circunstancias se había puesto á jugar, y añadió qué cuando hubiera llegado á perder algunos centenares de luises, cesaría de apuntar. Hasta entonces había tenido la más decidida fortuna.

– ¡Ah! – exclamó el desconocido. – Esa fortuna es el cebo, el incentivo engañoso, espantable, de las fuerzas enemigas. Esa fortuna con que jugáis, los motivos que os han inducido al juego, toda vuestra conducta, que revela claramente cuánto crece vuestro interés, vuestra afición á las cartas, todo en fin me recuerda vivamente el espantoso destino de un desgraciado que os parecía por muchos conceptos y empezó como vos. He aquí por qué no podía yo apartar de vos la vista; he aquí por qué apenas podía callar lo que mis ojos debían de haceros adivinar. ¡Cuántas veces os hubiera gritado: ¡Cuidado, joven! ¡Los demonios extienden sus garras para arrastraros al precipicio! Deseaba conoceros y lo he conseguido. Aprended la historia del desgraciado de que acabo de hablaros; acaso os convenza ella de que no me dejo yo turbar por vanos sueños procurando arrancaros á un peligro inminente.

El desconocido se sentó en un banco al lado del barón y refirió la historia siguiente:

II

– Las mismas brillantes cualidades que os distinguen, – dijo el desconocido, – granjearon al caballero de Menárs la estima y admiración de los hombres y el amor de las mujeres. Sólo bajo el concepto de los bienes de fortuna, no lo había favorecido la suerte tanto como á vos. Era casi pobre y se veía obligado á vivir de la manera más estricta para poder mostrarse en público sin desdoro de su clase y de su noble familia. Como la más mínima pérdida podía turbar toda la economía de su casa, no jugaba jamás, sin imponerse por eso ningún sacrificio, puesto que el juego no tenía para él ningún atractivo.

Por lo demás, salía bien de todo lo que emprendía y la fortuna del caballero Menárs llegó á ser proverbial. Una noche, contra su costumbre, se dejó llevar á una casa de juego. Los amigos que lo habían arrastrado allí muy luego quedaron arruinados.

Preocupado de otros pensamientos, paseábase Menárs á lo largo de la sala y sólo de vez en cuando se detenía enfrente de la mesa de juego, donde el banquero iba acumulando pilas de oro.

De pronto, un antiguo coronel ve al caballero y exclama:

– ¡Por todos los diablos! El caballero Menárs está aquí con su buena fortuna y nosotros no podemos ganar porque él no toma parte en el juego ni en favor del banquero ni de los puntos. Pero esto no durará más, porque es preciso que apunte por mí ahora mismo.

El caballero se excusó con su falta de experiencia; pero el coronel insistió y, que quieras que no, lo condujo á la mesa de juego.

Sucedió, señor barón, al caballero Menárs, lo que os ha sucedido á vos mismo. Acertaba todas las cartas, y muy luego hubo de ganar una suma considerable para el coronel, que no cesaba de congratularse por la excelente idea que había tenido de valerse de la buena estrella del caballero.

Esta fortuna, que admiró á todos los circunstantes, no hizo la menor impresión en el ánimo de Menárs; más aún, su aversión al juego subió de punto y se aumentó de tal modo que el día siguiente, cuando sintió las fatigas físicas y morales de aquella noche de insomnio, juró no volver jamás á casa de juego por ninguna razón. La conducta del coronel vino á robustecer más y más esta resolución: cuando éste tocaba una carta, perdía irremisiblemente y atribuía su desgracia al caballero. Suplicó de nuevo á Menárs que fuera á apuntar por él, ó á lo menos á estar á su lado, á fin de alejar con su presencia al funesto demonio que desbarataba todas sus combinaciones. Sabido es que en ninguna parte hay tan locas supersticiones como entre los jugadores. El caballero Menárs no pudo sustraerse á sus importunas solicitaciones que declarando al coronel que prefería batirse con él á volver al juego.

Esta historia, bordada, embellecida, rodeada de multitud de detalles misteriosos, corrió de boca en boca, y el caballero Menárs pasó por un hombre que tenía pacto secreto con seres sobrenaturales. Pero como á pesar de su fortuna se obstinaba en no tocar una carta, hubo de hacerse justicia á su firmeza de carácter, y aun creció la estimación en que se le tenía.

Cosa de un año había pasado, cuando el caballero se encontró en un apuro grave por la suspensión de una renta de que vivía, y tuvo que recurrir á un amigo que lo sirvió desde luego, pero que al mismo tiempo lo acusó de ser el hombre más raro que existía.

El destino, le dijo, nos indica el camino que debemos seguir para llegar á la fortuna, y sólo nuestra indolencia nos impide observar y comprender estas indicaciones. El poder supremo que nos gobierna ha hecho oir estas palabras á tu oído: «¿Quieres adquirir oro? Ve y juega. De otro modo serás pobre, débil, dependiente.»

En aquel momento el recuerdo de la suerte extraordinaria que había tenido en la banca, se presentó vivamente á su espíritu. En sus sueños é insomnios no veía ya más que cartas; ni oía ya más que el sonsonete de las monedas de oro.

Ciertamente, se decía á sí mismo, una sola noche como aquella me sacaría de la miseria, me libraría del temor de vivir sobre mis amigos. Mi deber es obedecer á la voz del destino.

El amigo que le había aconsejado jugar lo condujo al fin á una casa de juego y le dió veinte luises de oro para probar fortuna. Si jugando para el coronel el caballero Menárs había jugado con lucimiento, esta noche fué otra cosa muy distinta: esta vez apuntaba á ciegas, sin reflexionar; una mano invisible, la mano del destino, parecía cuidarse de sus intereses.

Cuando se levantó de la mesa había ganado veinte mil luises.

El día siguiente se despertó con gran turbación de espíritu. El oro que había ganado estaba sobre su mesa. Creyó que estaba soñando y se frotó los ojos y acercó la mesa. Cuando recordó bien lo que había pasado, cuando contó y volvió á contar sus ganancias, un veneno fatal se deslizó por la primera vez en sus entrañas y allí quedó la pureza de sentimientos que había conservado tanto tiempo.

Apenas podía esperar la hora de volver á la mesa de juego. La fortuna continuó favoreciéndolo cada noche que fué á tentarla, y al cabo de algunas semanas reunió cantidades fabulosas.

Hay dos clases de jugadores: para muchos es el juego un goce inexplicable. El singular encadenamiento del azar cambia á cada instante. Las potencias sobrenaturales nos rodean al parecer y hay no sé qué misteriosa emoción que agita nuestro espíritu. Diríase que debemos lanzarnos á las sombrías regiones de estas potencias, observar sus obras, espiar sus secretos. He conocido un hombre que, encerrado día y noche en su aposento, jugaba contra sí mismo: éste era á mi modo de ver un verdadero jugador.

Otros sólo piensan en la ganancia y consideran el juego como un medio de enriquecerse rápidamente.

El caballero Menárs entró en esta última categoría y probó que la pasión del juego depende de la naturaleza individual y es en cierto modo innata.

El estrecho círculo á que está limitada la acción del punto le pareció muy luego mezquino é insuficiente á sus aspiraciones; y con el dinero que había reunido estableció una banca que llegó á ser en breve la más rica de París.

La mayor parte de los jugadores se reunieron al rededor de él.

La sombría y tempestuosa existencia del jugador aniquiló muy pronto las prendas físicas y morales que habían granjeado al caballero Menárs el afecto, estimación y respeto de todos los que lo habían conocido. No era ya aquel amigo fiel, aquel tipo de salón, alegre, fino, simpático, aquel caballeresco galán adorador de las damas; su entusiasta amor á las letras y á las artes se había extinguido también en su alma; su ardiente deseo de aprender, de saber, había desaparecido; en su pálido y marchito rostro, en el sombrío ardor de sus hundidos ojos sólo se veía brillar la siniestra pasión que subyugaba todas sus facultades.

No, no era el amor del juego lo que lo agitaba; era la horrible avaricia que Satanás le había introducido en el corazón.

Así llegó á ser el banquero más perfecto que puede haber jamás.

III

Una noche, – continuó diciendo el desconocido, – el caballero Menárs echó de ver que, sin sufrir grandes pérdidas, la suerte lo favorecía menos que antes.

Un hombrezuelo viejo, flaco, enteco, mal vestido y de aspecto repugnante, se acercó á la mesa y con trémula mano puso á una carta una moneda de oro.

Muchos jugadores miraron con sorpresa al vejete y después lo trataron con evidente desprecio, sin que él lo sintiera al parecer ni menos se quejara.

Perdió una puesta tras otra, y cuanto más perdía tanto más se alegraban los demás jugadores.

Cuando llegó á perder quinientos luises doblando siempre sus puestas á la misma carta, uno de los puntos inmediatos exclamó sonriendo:

—¡Bravo, señor Vertua! ¡bravo! No os desaniméis; continuad. Creo que haréis saltar la banca y que ganaréis una suma enorme.

El vejete lanzó al que así se burlaba una mirada de basilisco, y salió de la sala, volviendo media hora después con los bolsillos llenos de oro. Pero á las últimas tallas tuvo que hacer alto, porque había perdido todo lo que llevara.

El caballero, que en medio de su vida desordenada, había conservado, sin embargo, el sentimiento de las conveniencias, sintió mucho el desdén con que se había tratado al viejo; y, al acabar el juego, dirigió una amistosa reprensión á los jugadores rezagados que lo acompañaban aún.

—¡Bah! ¡bah! – exclamó uno de ellos. – No conocéis al viejo *Francesco Vertua;* de otro modo, muy lejos de dirigirnos cargos, aprobaríais nuestra conducta. Habéis de saber que el napolitano Vertua, establecido en París quince años há, es el avaro más sórdido y el usurero más cruel que existe en el mundo. Es extraño á todo sentimiento humano. Vería á un hermano suyo retorcerse á sus pies en las convulsiones de la muerte y no daría para salvarlo un luis de oro.

Las maldiciones de multitud de hombres é innumerables familias, arruinados todos por sus diabólicas especulaciones, pesan sobre su cabeza. Es aborrecido de todos los que lo conocen y todo el mundo desea que la venganza divina lo castigue ejemplarmente por el mal que ha hecho. Nunca ha jugado, á lo menos desde que está en París, y esto explica nuestra sorpresa al verlo entrar aquí y nuestro regocijo de verlo perder, porque hubiera sido muy triste que la fortuna favoreciera á ese malvado. La verdad es que el oro de vuestra banca cegó al avaro viejo, y esperando desplumaros, ha sido él quien os ha dejado las plumas. Y no se comprende cómo el sórdido avaro haya podido decidirse á jugar tan fuerte. Pero bien castigado se fué para no volver jamás, de lo cual todos debemos felicitarnos.

Esta predicción no se cumplió, mal que pesara á los puntos.

La noche siguiente, el viejo Vertua se sentó de nuevo enfrente del banquero, y perdió mucho más que la víspera.

Sin embargo, permaneció tranquilo y alguna vez hasta sonrió con amarga ironía, como si hubiera previsto un pronto cambio; pero la pérdida del avaro creció, como una bola de nieve las noches siguientes, calculándose al fin que había dejado en la banca 30,000 luises de oro.

Una noche entró pálido y descompuesto; sentóse á alguna distancia de la mesa y fijó los ojos en las cartas que manejaba el afortunado banquero.

Al comenzar una nueva talla, exclamó con una voz que estremeció á todos los circunstantes:

—¡Alto!

Después, abriéndose paso por entre los jugadores, se acercó al caballero Menárs y le preguntó con voz sorda:

—¿Queréis admitir por 80,000 francos mi casa de la calle de San Honorato con mis muebles, alhajas y joyas?

– Va, – contestó fríamente el banquero sin volverse hacia el avaro.

– Juego, – dijo después tendiendo las cartas.

– Soy sota, – dijo el avaro.

Y vino la contraria.

El avaro dió un salto hacia atrás y se apoyó como desfallecido en la pared.

Allí permaneció como una estatua inanimada y nadie se ocupó ya de él.

Luego terminó la partida y los jugadores comenzaron á desfilar.

El banquero recogía con su camarada sus ganancias en su caja y el viejo Vertua se adelantó entonces como un espectro y le dijo con voz sombría:

– Caballero, una palabra, una sola.

– Hablad, – contestó el banquero guardándose la llave de la caja y mirando de pies á cabeza al avaro con manifiesto desdén.

– Caballero, – repuso Vertua, – he perdido en vuestra banca toda mi fortuna y no me queda nada... nada absolutamente. No sé dónde reclinaré mañana mi cabeza ni cómo remediaré mi hambre. A vos recurro, prestadme la décima parte de lo que me habéis ganado para dedicarme otra vez á mi oficio y evitar así una horrible miseria.

– ¿Qué estáis diciendo, Vertua? ¿No sabéis que un banquero no debe prestar nada de lo que ha ganado? Eso es contra las reglas y yo no puedo infringirlas.

– Tenéis razón; mi petición es exagerada y loca. La décima parte es mucho; prestadme solamente la vigésima.

– Os repito, – dijo el banquero de mal humor, – que yo no presto nada de lo que gano.

– Es verdad, – replicó Vertua, cuyo rostro palidecía más y más y cuyos ojos se oscurecían como si hubiera de expirar; – es verdad que no debéis prestar nada; yo obraré por mí mismo. Pero una limosna se da á un mendigo: dad siquiera cien luises de oro á un hombre cuya fortuna os ha entregado el ciego destino.

– Verdaderamente, señor Vertua, – exclamó colérico el banquero, – verdaderamente os complacéis en atormentar á vuestra gente. Os digo que no obtendréis de mí ni cien, ni cincuenta, ni veinte, ni un solo luis de oro. Sería menester que estuviera loco para daros los medios de emprender de nuevo vuestro cruel oficio. La suerte os ha derribado en el polvo como un insecto nocivo y sería un crimen levantaros. Idos y vivid allá como merecéis.

Vertua se cubrió el rostro con las manos y lanzó un prolongado gemido.

El banquero ordenó á sus mozos que llevaran la caja á su carruaje, y dijo con voz dura:

– Señor Vertua, ¿cuándo me entregaréis vuestra casa y demás efectos?

Vertua se enderezó súbitamente y contestó en tono firme:

– Ahora mismo. Venid conmigo, caballero.

– En hora buena. Os conduciré en mi carruaje á vuestra casa, que mañana abandonaréis para siempre.

– En todo el camino ni Vertua ni Menárs pronunciaron una palabra.

Llegado que hubieron á la puerta de la casa, Vertua tiró de la campanilla.

Salió á abrirle una vieja, que exclamó al verlo:

—¡Dios del cielo! ¿Sois vos al fin? Angela está para morir de las angustias que le hacéis pasar.

– ¡Silencio! – contestó Vertua. – Dios quiera que no haya oído la pobre el sonido de la campanilla. Angela debe ignorar mi vuelta.

Esto diciendo, tomó la luz de manos de la vieja estupefacta y alumbró al caballero Menárs.

– Estoy preparado á todo, caballero, – le dijo. – Me despreciáis, me aborrecéis y os complacéis como otros en mi ruina; pero no me conocéis. Habéis de saber que en otro tiempo fuí yo jugador como vos; que como á vos me favoreció la fortuna; que recorriendo la Europa, me detenía dondequiera que un juego considerable daba esperanzas de lucro, y que en todas partes afluía el oro á mis manos como á las vuestras. Tenía yo una esposa tan bella como honrada y no me cuidaba de ella, haciéndole pasar una vida miserable en medio de mis riquezas. Un día, en Génova, vino un joven romano á jugar á mi banca su opulenta herencia: lo mismo que yo os he implorado hoy, me imploró él para obtener algún dinero á fin de volver á Roma. Yo lo rechacé con desdén y el pobre, en el estravío de su furor, me clavó un puñal en el pecho.

A duras penas, – continuó diciendo Vertua, – pudieron los médicos salvarme, y mi convalecencia fué larga y difícil. Entonces me asistió mi esposa; me consoló, me sostuvo en mis sufrimientos, y á medida que renacía á la salud experimentaba sentimientos desconocidos para mí hasta entonces. El jugador es extraño á todos los afectos humanos. Yo no sabía lo que era el amor y la fiel abnegación de una esposa, y entonces conocí cuán ingrato había sido con la mía y á qué culpable propensión la había sacrificado. Vi aparecer como los demonios de la venganza á todos aquellos hombres cuyo reposo y felicidad había destruído con cruel indiferencia; oí salir de la tumba voces irritadas que me echaban en cara todas las faltas, todos los crímenes cuyos primeros gérmenes había hecho brotar yo. Sólo mi esposa alejaba de mi conturbado espíritu las angustias y terrores que me atormentaban.

Con esto, hice voto de no tocar nunca una carta, y al efecto, rompí todos los lazos que me encadenaban, rechacé las instancias de mis camaradas, que confiaban en mi fortuna. Alquilé una casita de campo cerca de Roma, y gocé en aquel retiro la calma y satisfacción cuyo presentimiento ni siquiera había tenido. Pero ¡ah! esta satisfacción no duró más que un año. Mi esposa dió á luz una hija y murió algunas semanas después. En mi desesperación, acusé al cielo, me maldije á mí mismo; maldije la culpable vida que había llevado y por la que me castigaba la Providencia arrebatándome mi única esperanza y mi consuelo único. Como el criminal que teme á la soledad, abandoné mi retiro y vine á establecerme á París.

Angela, – continuó diciendo Vertua, – la dulce imagen de su madre iba creciendo á mi vista. Mi corazón entero estaba en ella y por ella quise aumentar mi fortuna. Es verdad que he prestado dinero á crecido interés; pero acusarme de haber ejercido usura fraudulenta es una calumnia. ¿Quiénes son mis acusadores? Pródigos que me persiguen y atormentan sin cesar hasta que les presto el dinero que ellos disipan como un objeto sin valor, y se enojan cuando exijo el reembolso de una cantidad que no me pertenece, que es de mi hija, pues yo me consideraba como simple administrador de sus bienes. No hace mucho tiempo que salvé de la infamia á un joven prestándole una cantidad considerable, y no se la reclamé hasta que supe que había entrado en posesión de una rica herencia. Pues bien, ¿creeríais, caballero, que el miserable tuvo valor de negar su deuda y todavía me trató como á un vil usurero ante los tribunales? Y aun podría citaros muchos casos de este género que han contribuído á hacerme duro é inexorable. Más aun: podría aseguraros que he enjugado muchas lágrimas; que se han elevado al cielo muchas plegarias por mí y por mi Angela; pero ¡ah! vos oiréis mi narración como un cuento vano y presuntuoso, porque sois un jugador.

Después de un momento, añadió:

– Creía haber aplacado la justicia del cielo y estaba en un error; estaba entregado al demonio que debía cegarme más que nunca. Había oído hablar de vuestra fortuna en el juego, caballero, y diariamente me citaban el caso de tal ó cual hombre á quien habíais reducido á la mendicidad. Entonces se me metió en la cabeza la funesta idea de que estaba destinado á probar contra vos la fortuna que no me había abandonado nunca; que estaba llamado á poner fin á vuestra rapacidad; y esta idea, engendrada en mi delirio, no me dió ya ni tregua ni reposo.

Entonces acudí á vuestra banca y no reconocí mi locura hasta haber perdido todo lo que poseía Angela...

Ahora ya todo se acabó... ¿Permitís á lo menos que mi hija conserve sus vestidos?

– Me es indiferente – contestó el banquero – el guardarropa de vuestra hija. Podéis también conservar vuestras camas y los utensilios domésticos. ¿Me había yo de cuidar de esas miserias? Pero ¡cuenta con sustraerme un objeto de algún valor!

Vertua miró en silencio á Menárs algunos instantes y después prorrumpió en amargo llanto. Se prosternó á las plantas del jugador afortunado y, juntando las manos, le dijo con acento de verdadera desesperación:

– Si aun queda en vuestro corazón un sentimiento humano, tened piedad de ella. No, no es á mí á quien precipitáis al abismo, es á Angela, al ángel inocente y puro, que no es responsable de mis faltas. Sed compasivo con ella, sed misericordioso con una pobre niña, y prestadle la vigésima parte no más de los bienes que me habéis ganado. ¡Ah! bien lo sé; al fin se os ablandará el corazón y tendréis piedad de ella. ¡Angela! ¡Hija mía!

Y Vertua lloraba y gemía, repitiendo con voz desgarradora el nombre de su hija.

– Esta comedia ridícula, – dijo Menárs desdeñosamente, – se me hace ya pesada.

En esto, una hermosa doncella, vestida de trapillo, con los cabellos sueltos y el sello de la muerte en su semblante, se precipitó hacia el viejo Vertua, lo levantó del suelo en que estaba de rodillas, lo estrechó contra su seno y exclamó:

– ¡Padre mío! todo lo he oído, todo lo sé. Lo habéis perdido todo, ¿no es eso? Y bien, ¿no os queda vuestra Angela? ¿No sabré yo asistiros y cuidaros? Padre, ¡oh padre! no os rebajéis más ante ese hombre despreciable. No, no somos nosotros en medio de nuestra desgracia los dignos de compasión; es él, él, pobre y miserable, y ruin en su misma riqueza, porque está abandonado en su horroroso aislamiento, porque ningún corazón late junto al suyo, ni alma ninguna se abre para recibir sus dolores. Venid, padre mío; abandonad conmigo esta casa, y pronto, sin demora, cuanto antes, para que no se goce en vuestro sufrimiento un hombre tan odioso.

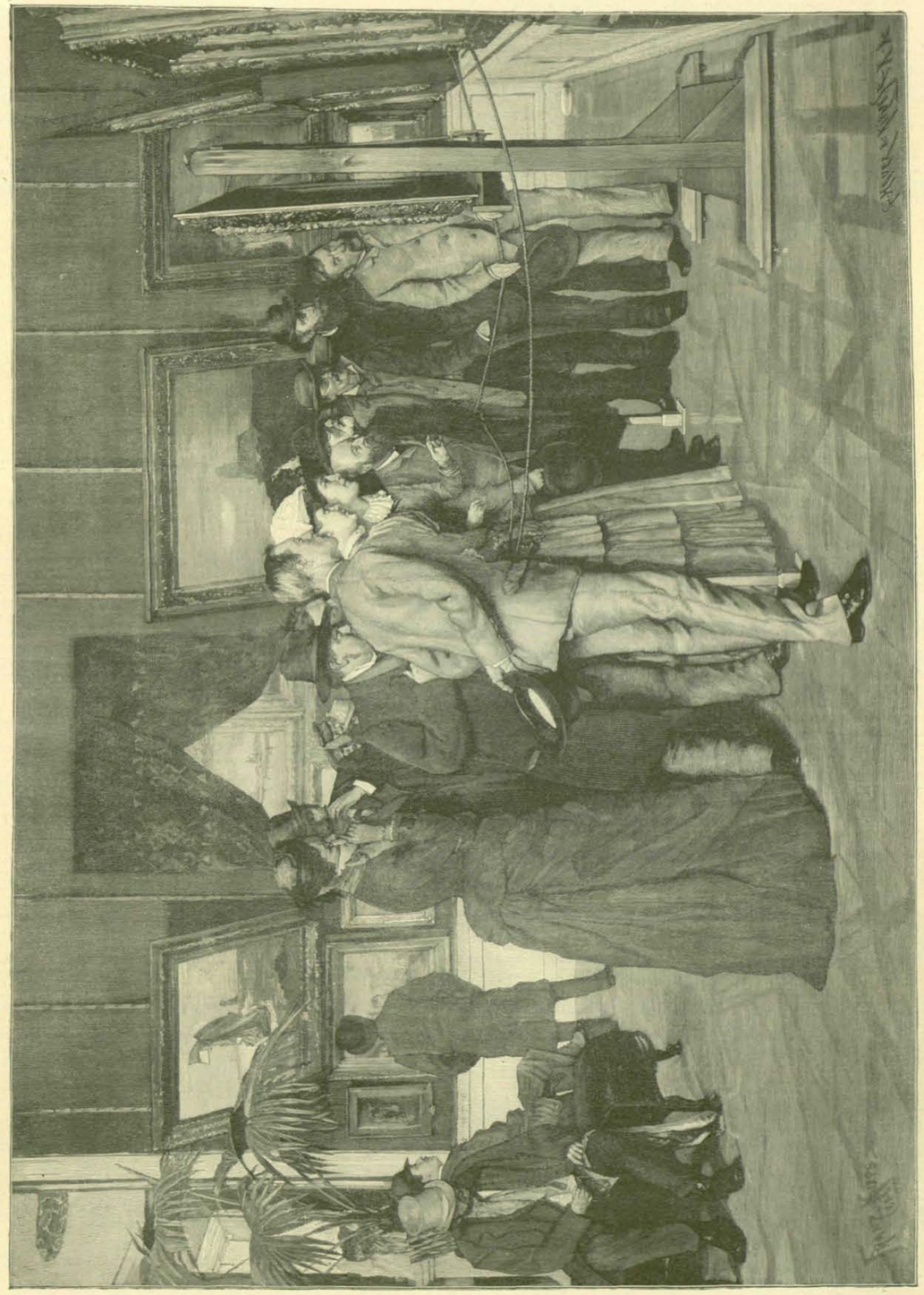
Vertua se dejó caer en una silla casi desfallecido, y era de ver allí la piadosa solicitud de Angela. En efecto, el ángel de aquel hogar se arrodilló ante su padre y asiéndole las manos, se las estrechaba entre las suyas contra su corazón, contra sus labios, depositando en ellas blandos ósculos, suaves y olorosos como suspiros de plegaria. Luego, con ligereza infantil é ingenuidad angelical, le enumeró todas las habilidades, todos los conocimientos que podía poner en juego para procurarle lo necesario para vivir modestamente, y le suplicaba por su amor que no se abandonara á la desesperación, asegurándole que sería feliz desde el día en que tuviera que bordar, coser y cantar para asistir á su padre.

El hombre más empedernido no hubiera podido oir con indiferencia á aquella joven en todo el esplendor de su hermosura, prodigando á su padre los tesoros del amor más puro y de la santa piedad filial.

Y el caballero Menárs sintió en aquel momento el implacable torcedor del remordimiento, las torturas todas de la conciencia. Angela le pareció un ángel vengador cuya mirada fulgúrea disipaba las sombras del vicio y del crimen; y á este puro fulgor se vió á sí mismo en toda su indignidad.

(Continuará)

UNA FIESTA DE FAMILIA, cuadro de J. Sperl, inspirado en una poesía de Ulrico Meyer



LA PRIMERA EXPOSICIÓN DE UN NUEVO ARTISTA, cuadro de Franz Kops

Avenida que conduce al Panorama, dibujo de F. Wahle

LA PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS

Grandioso Panorama circular inaugurado en Munich

Un particular de Munich, M. José Halder, tuvo la idea felicísima de presentar al público de la capital de Baviera la pasión del Salvador en un grandioso panorama circular. Hasta aquí el asunto principal de esta clase de cuadros había consistido en viajes por tierras desconocidas y sobre todo en batallas célebres, con sus matanzas, heridos, cadáveres, campos devastados, pueblos incendiados y reducidos á escombros, árboles tronchados; destrucción, odio, furor, sangre y miseria. El señor Halder y su socio Francisco José Holop, comprendieron que el arte de la pintura aplicada á los panoramas circulares podría servir para algo mejor que glorificar y perpetuar semejantes escenas, y entonces decidieron valerse de las vistas panorámicas, para representar, en lugar de los triunfos y miserias de la guerra, el triunfo del amor al prójimo, la pasión y muerte de Jesús, el grandioso sacrificio en aras de la reconciliación, de la emancipación y salvación de la humanidad; la idea más grande y más noble de cuantas se hallan ejemplo en la historia.

Decidido el objeto, faltaba elegir el artista que reuniera las circunstancias necesarias para ejecutar una obra tan notable. El elegido fué Bruno Piglhein, artista de Munich, que había adquirido ya mucho renombre por sus innumerables cuadros al pastel y brillantes apuntes y bosquejos. Al saberse esta elección anduvieron muy divididas las opiniones respecto de la idoneidad del elegido. Los que recordaban sus figuras de mujer, copiadas de modelos muy apreciados por los artistas, pero no por el público, que por su parte no las consideraba como modelos de virtud, dijeron:

«Este hombre no es á propósito para pintar una larga serie de escenas tan conmovedoras, sentimentales, desgarradoras y augustas como las de la pasión, muerte y resurrección del Salvador del mundo.» Otros que recordaron sus Centauros, retratos de personas distinguidas y otros cuadros, dijeron:

«Quizás salga bien de la empresa;» y los admiradores de su *Cristo expirante*, de su *Virgen* y de su *Moritur in Deo*, dieron ya por probable el éxito feliz del trabajo que el artista había acometido.

Bruno Piglhein, á pesar de sus estudios y de sus viajes, estaba muy lejos de conocer la naturaleza, la arquitectura, los trajes, costumbres y caracteres de los habitantes del país distante y de la época lejana en que tuvieron lugar los sucesos que se había encargado de pintar. Se puso pues, á leer la Biblia, la historia Sagrada, la geografía de Palestina y las obras notables que sobre la Jerusalén antigua ha publicado el catedrático Max Sattler, de Munich; pero todo esto no bastaba, y era indispensable ver la Palestina, Jerusalén y los sitios más notables por sus propios ojos, pero verlos con ojos de pintor que, como se sabe, ven de otra manera, y otras cosas que los demás mortales. Para esto y para tomar apuntes y componerlos, no bastaba, empero, un hombre solo por artista que fuese, y cierto día del mes de febrero del año 1885, Piglhein, acompañado de su esposa y de los señores Frosch y Krieger, de Munich, emprendieron el viaje en dirección á la Tierra de Promisión.

Una interrupción

La primera impresión que recibieron al llegar á Jerusalén no fué favorable, porque estaba lloviendo; todo les parecía monótono.

– Esto es muy tétrico, – murmuró Piglhein; – triste, – añadió el paisajista Krieger, y el pintor arquitectónico Frosch se contentó con exclamar: ¡desconsolador!

Dos cosas abundan hoy día en Jerusalén, á saber: la variedad de sectas y los modelos para los pintores europeos, pero modelos caros.

Los individuos que á esta profesión especial se dedican acosan verdaderamente al artista-viajero, no faltando nunca entre ellos un anciano rabino que pretende descender de los judíos expulsados de España, pero que por ambas cualidades y por su cabeza, realmente hermosa, pide por una sesión 100 francos.

Los musulmanes, en cambio, no se prestan fácilmente á servir de modelo y para obtener sus tipos es menester valerse de la astucia, esto es, del empleo de aparatos fotográficos instantáneos. De ellos y de sus correspondientes utensilios se habían provisto nuestros viajeros antes de salir de Munich, y fingiéndose encargados por el gobierno turco de tomar datos fotográficos plantaban su aparato donde les parecía más á propósito y fotografiaban individuos sueltos y en grupos, atraídos por la curiosidad y el aire misterioso é importante de los extranjeros.

Mejorado el tiempo pensaron nuestros viajeros en trabajar seriamente, pensamiento laudable cuya realización les facilitaron las recomendaciones que llevaban del nuncio del papa cerca del gobierno de Baviera y del arzobispo de Munich para el patriarca y los superiores de las varias órdenes religiosas establecidos en Jerusalén y otros puntos. Con el auxilio, pues, del patriarca y de los religiosos de San Francisco, pudieron sacar vistas de la misma ciudad desde la cúpula de la iglesia del Santo Sepulcro, y de otros muchos puntos. Luego hicieron una excursión de tres días al Mar Muerto, con víveres, cuatro tiendas de campaña, quince caballerías para el trasporte, un intérprete, un criado, hijo del país, y una escolta de beduínos.

El primer día atravesaron el desierto y acamparon por la noche al pie de la montaña de Carantel en cuyas escarpadas laderas han plantado sus sencillas chozas numerosos anacoretas, y mientras el cocinero preparaba con arte las tórtolas y otras aves silvestres que los beduínos habían muerto en el camino con sus certeros tiros, ejecutaron estos infatigables hijos del desierto sus danzas características á la luz de los últimos rayos del sol que doraban la verde cuenca del Jordán. Al día siguiente visitaron respetuosos el sitio donde según la tradición bautizó San Juan á Nuestro Señor. Allí excitó su admiración y compasión un anciano abisinio cristiano que había peregrinado á aquel lugar sagrado para morir allí. Estaba extenuado de hambre, pero fuera de una simple fruta, nada admitió. La expedición siguió su marcha por la cuenca del Jordán hasta llegar al término de su viaje, el Mar Muerto cuyo nivel está 394 m. más bajo que el del Mediterráneo. Los bávaros contemplaron un rato la tranquila superficie, y dos de ellos aprovecharon la ocasión para tomar un baño. El criado Hana, cansado de ir y venir y de correr á recoger los objetos que á sus amos accidentales se les caían á cada paso en todo el camino, por no estar acostumbrados á montar, no les dijo nada á pesar de saber muy bien que el agua salada del lago causa al cabo de un rato una comezón inaguantable si al salir del baño no se lava todo el cuerpo con agua dulce del Jordán; y cuando los dos bañistas prorrumpieron después en lamentos, limitóse Hana á decir impasible: «¿Quién ignora eso?»

Poco después el cielo se cubrió de nubes y cayó un chubasco acompañado de rayos y truenos. La expedición abandonó, pues, aquel sitio á toda prisa y llegó en el estado que es de presumir al convento cismático griego de San Sabas en cuya inmediación plantaron los beduínos las tiendas, que por poco se lleva el viento durante la noche. Al día siguiente hizo buen sol y los viajeros se pusieron en la cumbre de una colina á sacar vistas fotográficas; y la expedición regresó á Jerusalén, y desde allí por Jafa, Constantinopla y Varna á Munich, donde los artistas encontraron ya muy adelantadó el edificio circular destinado al famoso panorama en la calle de Goethe número 45. La pieza de tela, de descomunales dimensiones, había llegado también. Medía 15 metros de ancho por 120 de largo. Fué colgada circularmente en los postes del interior del edificio, luego mojada y estirada en este estado con gran número de objetos de mucho peso. Cuando se hubo secado se le dió el fondo blanco, sobre el cual fué proyectado por medio de una especie de linterna mágica el dibujo preparado en diez cartones y en la escala de uno por diez. Estos dibujos, ampliados así diez veces sobre la tela preparada, fueron estampados siguiendo los contornos con carbón, y después se dieron las primeras capas ligeras de color.

Entretanto se habían ido preparando los colores, á la manera antigua, á fuerza de brazos en el taller de Piglhein. El cielo oriental tan trasparente requirió muchas tintas graduadas, obtenidas con diferentes mezclas de albayalde y de azul de ultramar.

Nueve meses trabajó Piglhein con sus auxiliares Krieger el paisajista, Frosch el pintor de arquitectura, Heine otro paisajista y Block, discípulo de Piglhein.

Nivelacion del terreno destinado para vestíbulo del Panorama, dibujo de F. Wahle

Para pintar aquel cuadro colosal hubo necesidad de construir al rededor de él un elevado andamio sobre ruedas, y desde sus diferentes secciones pintaban asiduamente Piglhein y sus auxiliares siempre que la luz de la melancólica atmósfera alemana lo permitía.

La obra quedó por fin concluída, y en 1.° de junio de 1886 pudo abrirse al público el «Gran Panorama circular, representando la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, pintado por el profesor Bruno Piglhein.»

Molienda de los colores, dibujo de F. Wahle

El éxito recompensó los sacrificios de todo género hechos por los empresarios Holop y Halder; y Piglhein alcanzó honra y provecho, pues el público acudió á contemplar con aplauso y admiración el magnífico panorama.

El conocido artista F. Wahle ha tenido el capricho de dibujar de un modo original las escenas ocurridas durante el trabajo llevado á cabo por el profesor Piglhein y nosotros las publicamos con sumo gusto para la ilustración de este artículo.

Artículo tomado del periódico: *El arte para todos*.

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

– Sí, señora, español y cazador de búfalos. Traigo una larga jornada desde el Sur; he sido herido por los indios y mis heridas aun no están bien curadas.

– ¿Y qué edad tenía aquel hombre? – dijo con acento inseguro Sandoval.

– Veinticuatro ó veintiséis años, – respondió Clara.

– ¿Y era hermoso?

– Sí, muy hermoso.

– De modo que...

– ¿Sospecha V. que yo pude encontrar un peligro en aquel hombre? ¿es V. de los que creen que la hermosura del hombre es la primera cualidad que necesita para enamorarse la mujer?

– No, pero cuando concurren otras circunstancias...

– En López sólo existían las circunstancias de un desgraciado, y le sirvieron para excitar mi caridad.

– ¡Se llamaba López!

– Sí, sí ciertamente, le conoce V., es don Severo López, el que está al frente de mis negocios.

– ¡Y ese hombre ha sido hermoso!

– Hermosísimo.

– Y ha vivido veinte años al lado de usted.

– ¿Y qué importa? Yo no podía amar á López: había algo de duro en su mirada, algo de cruel en la expresión de su boca: comprendía, sin embargo, que aquella expresión sombría era hija de su desgracia.

– ¿Y ese hombre no la ha demostrado á V. amor?

– Desde el momento en que me vió.

– ¡Ah!

– Pero el amor de López, ha sido siempre un amor respetuoso, concentrado: un amor de hermano, casi de padre, desde poco tiempo después de nuestro conocimiento.

– Creo que López ha procurado engañarla á V., y la ha engañado, haciéndola creer su amor desinteresado y respetuoso, como V. engañaba á su marido, haciéndole creerse amado por usted.

– Sólo Dios puede ver los corazones: los hombres sólo juzgan por las apariencias. López jamás me ha dejado conocer ese amor ardiente que he visto en V. desde el principio de nuestro conocimiento.

– Es que yo soy franco y leal.

– ¿Quién sabe si se engañará V. á sí mismo?

– ¡Oh! ¡no!

– Continúo, continúo. Hice entrar á López y mandé que le diesen de comer, y luego un aposento en que descansar.

Al día siguiente, me refirió en pocas palabras su historia. Era huérfano. Había venido á México muy joven en la servidumbre del virey: pero demasiado altivo para servir, quiso procurarse su subsistencia de una manera independiente, y se hizo cazador de búfalos. Llevaba ocho años en aquella profesión, decía que estaba cansado de ella, casi enfermo, y que se replegaba á la ciudad para ganar su vida de cualquier modo.

Anfiteatro del Panorama

Acabó pidiéndome recomendaciones para mis conocimientos.

Yo no conocía en México más que á mi marido, y dí á López una carta de recomendación para Lemus.

López partió.

Ocho días después vino con mi marido, que le había empleado como escribiente en la caja.

Desde entonces, López ha estado constantemente á mi lado.

– ¿Amándola á usted...?

– Y respetándome.

– ¡Oh! ¡nunca! ¡nunca me ha gustado ese hombre! – dijo Sandoval.

. . . . . .

XVI

Cortó bruscamente el esqueleto su relación, y dijo dirigiéndose á Arria que le escuchaba con los ojos dilatados y la boca abierta, con las muestras, en fin, del mayor interés:

– Vamos, señor adivinador de sucesos, ¿qué te parece de López?

– ¡Eh! ¡qué sé yo! un hombre que durante veinte años no revela su amor á una mnjer, no la exige nada, ni aun siendo viuda, la ama de una manera especial, desinteresada; no es un amante, es un hermano.

– ¡Ah! ¡pobre tonto! ¡alma inocente que no miras más que la superficie de las cosas!

– ¿Amaba López de otro modo á Clara?

– La amaba con una pasión furiosa; con el furor con que ama al cielo Satanás.

– ¿Y entonces cómo pudo sufrir...?

– Por no perder más.

– No te comprendo: ¿qué menos puede tener un hombre de una mujer á quien ama que no ser comprendido de ella?

– Puede perder... el verla continuamente, el hablar con ella, el gozar de su confianza: pregunta á un amante desesperado qué quiere, y te contestará: me basta con verla, con tenerla á mi lado... es verdad, que cuando un amante consigue eso, desea más; pero López, que no se había puesto en la posición de amante despreciado, porque había comprendido á primera vista que jamás le amaría Clara, tuvo el suficiente talento para asegurar la única dicha que le era posible, no comprometiendo su permanencia en la casa de Lemus, al lado de Clara, con demostraciones imprudentes.

– ¡Bah! eso no puede ser. López no podía amar de ese modo tu hermosa india. Si la hubiera amado así, al verla poseída por otro hombre, hubiera tenido celos; los celos le hubieran matado.

– Ve ahí, ve ahí: López sufrió y sufrió unos celos horribles; pero no murió... encontró mejor matar.

– ¡Ah!

– Escucha, escucha.

– ¿Vas á continuar la revelación de Clara?

– No por cierto. Clara no conocía su propia historia más que por un lado, y yo que la sé, que la conozco perfectamente por todas sus fases desde que he dejado de ser hombre para ser esqueleto, voy á referírtela tal como es por dentro y por fuera. Vas á saber lo que era don Severo López: á lo que había ido á la hacienda de Lemus.

– Pero permíteme, voy á encender otro cigarro. Si tú quieres...

– Gracias.

– He sido gran fumador, – dijo el esqueleto saliendo y volviendo á poco con un cigarro encendido. – Cuando he necesitado pensar, contar, ó hacer algo bueno, mi inspiración ha sido un cigarro. ¡Salud á Colón que descubrió la isla de Cuba! y sobre todo: ¡tres veces salud al que inventó el cigarro!

El esqueleto se arrellanó en el sillón, se envolvió bien en la bata, y prosiguió.

XVII

Estamos en un país virgen.

Atravesamos una selva por los senderos de los gamos.

Arboles gigantescos cruzan sus copas sobre nuestras cabezas, á una inmensa altura.

No hay catedral gótica que tenga una ojiva tan majestuosa.

La luz es opaca. Ni un jirón de cielo se ve bajo el espeso follaje.

Las lianas atraviesan de un tronco á otro, determinando inmensas cortinas.

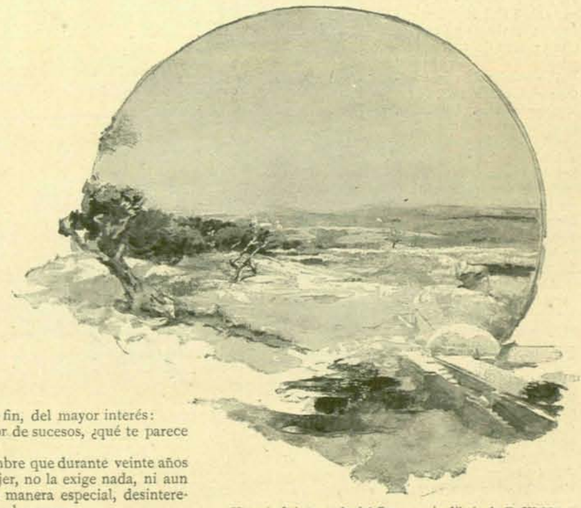
La maleza, segunda selva más baja, envuelve los monstruosos troncos cubiertos de musgo y esflorescencias.

Un tupido césped verdinegro cubre la senda.

Estamos en un desierto silencioso.

Sólo se escucha de tiempo en tiempo el gemido fantástico del viento que pasa sobre las copas de los árboles, repetido allá en lo infinito y de una manera sonora por los ecos de la selva.

Si marchásemos materialmente por aquel intrincado laberinto, sería necesario que para volver determinásemos con señales la huella de nuestro paso.



Vista de Jafa (tomada del Panorama), dibujo de F. Wahle

Pero hacemos el viaje con la imaginación: lo que, entre otras cosas, es muy cómodo.

Mejor dicho, no hacemos un viaje: seguimos con la imaginación á un hombre que atraviesa aquella selva infinita sin nombre.

Este hombre es López.

Tiene cuando más veintidós años.

Robusto y fuerte, parece nacido, desarrollado á propósito para atravesar por aquellas inmensas soledades, para vencer sus mil obstáculos, para arrostrar sus mil peligros.

Es moreno, y á primera vista se descubre en él la raza española.

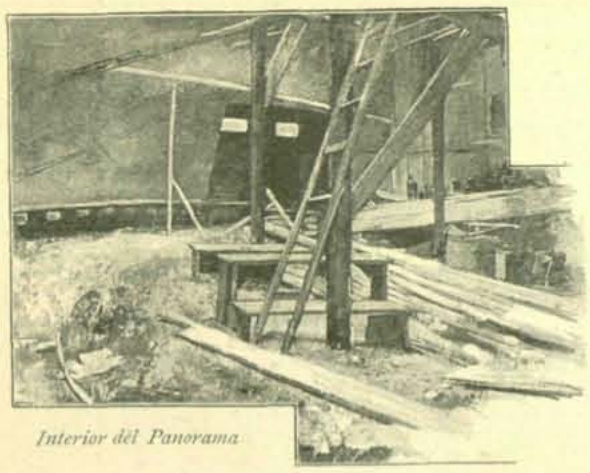
Viste con sencillez y con elegancia un traje característico: un ancho sombrero gacho, alto de punta, rodeada su copa cónica de un terciópelo; una redecilla de seda verde que sujeta sus cabellos; una camisa rayada, con un pañuelo negro anudado al cuello; una chaqueta y unos pantalones anchos y abiertos con botones de plata afiligranados; unos botines de cuero bordados, unos zapatos de gamuza; al talle un cinto de piel de toro, con dos bolsas, la una llena de tabacos (cigarros), la otra llena de cartuchos: aseguradas por los ganchos al cinto cuatro pistolas de dos cañones; al lado izquierdo pendiente un machete, y bajo el brazo izquierdo, revuelta por un poncho rayado, una larga carabina inglesa.

Este hombre va cantando con toda la extensión de sus pulmones una copla de fandango, á la cual sigue otra y otra, entre las bocanadas de humo de un enorme cigarro.

De tiempo en tiempo, con una entonación particular, dice:

– Adelante, Galán, adelante... ya estamos cerca, hijo, y te espera un buen pienso de heno fresco; adelante, Galán.

Galán es un caballo indígena, pequeño, peludo, pero



Interior del Panorama

fuerte, que camina lentamente delante de López, pesadamente cargado con dos fardos cubiertos con una manta.

Y el caballo sigue en su lenta marcha, y López en su cadencioso fandango, que entona de memoria al descuido, porque en su cabeza inclinada sobre el pecho, en lo concentrado de su mirada, en lo inmóvil de su semblante, se adivina que va entregado á profundas meditaciones.

Al cabo de algunas horas de marcha, la luz de la selva fué haciéndose más clara, poco á poco fueron viéndose al través de la bóveda de verdura algunos puntos azules y radiantes, y al fin, allá á lo lejos, se vió un resplandor brillante: era el sol que se ponía.

– Adelante, Galán, adelante, ya estamos cerca del rancho de los pintos, —exclamó López dirigiéndose á su caballo: — en llegando descansaremos.

Al poco tiempo, López y su caballo desembocaban en una inmensa pradera, en una pradera de muchas leguas.

Por medio de ella, y entre rocas, corría un río, torrente unas veces, lago otras, extensa sábana acá, allá canal tranquilo con arreglo á los caprichosos accidentes del terreno.

Sobre una roca cónica, ancha, tajada, sobre un lago formado por el río, había una población singular, que te describiré más adelante.

Alrededor de esta roca monstruosa, y más allá de las márgenes del río hasta el horizonte, sólo se veía una inmensa sábana de verdura, que ondulaba como el mar al más leve soplo del viento, y entre la cual se levantaban acá y allá, rocas, colinas y algunos grupos de árboles.

Antes de entrar en esta pradera, y en la senda que conducía á la población, veíanse por tierra árboles centenarios sobre los que brotaban flores: montones de tierra gris, sobre los que no aparecía vegetación alguna, indicios claros por todas partes de que un antiguo incendio había abierto en el corazón de la selva aquella inmensa pradera.

Por último, al confín opuesto al lugar por donde caminaba López, el sol se ponía en un horizonte de fuego.

Cuando nuestro viajero estuvo fuera de la selva, ó mejor dicho, dentro del claro abierto en ella, desenvolvió de entre su poncho la carabina y soltó un tiro al aire.

Después fijó una mirada ansiosa en la parte más alta y saliente de la roca sobre que se divisaba el pueblo, y donde aislada, casi colgada como el nido de un águila, se veía una casita blanca.

Al retumbar el estampido de la carabina de López, se abrió la puerta de aquella casita blanca y apareció en el borde de la roca una mujer que agitó un pañuelo.

López se puso pálido y agitó el extremo de su poncho.

Poco después aquella mujer se precipitó por un escarpado sendero de la roca, llegó á su pie y adelantó hacia López.

Cuando estuvo á poca distancia pudo ver perfectamente á aquella mujer.

Era sin disputa una europea: blanca, pelinegra, con ojos negros y rasgados, hermosa, esbelta y de edad indefinible.

Sólo se notaba que era joven, en el vigor de su edad.

– Dios guarde á la Virgen-de-la-mañana, – dijo López en español.

– Dios guarde al valiente cazador de búfalos, – dijo la joven tristemente: – ¿por qué me llamas la Virgen-de-la-mañana?

– Ese es el nombre que te dan las pieles rojas.

– Tú sabes que ese nombre no me conviene, – dijo la joven: – deja que ellos me lo den; pero tú no, tú no: allá bajo los álamos del río, la luna plácida y tranquila, las aguas sonoras, ya no repiten el eco de ese nombre: ellos saben que es mentira: llámame tu alma... tu alma, sí... la Virgen-de-la-mañana es madre.

– ¡Ah! – exclamó López.

– Cuando mi hermoso español se vuelva á las grandes ciudades me llevará consigo; él no querrá que me mate el *Padre-rojo*.

– ¿Está en la floresta Miantucatuc?

– Ha venido hace algunos días vencedor de las pieles rojas de las montañas azules. Me ha mirado fijamente y me ha dicho: – ¿por qué está triste mi hija? yo traigo para su garganta perlas y para su lecho pieles. La hija de un gran jefe no debe estar triste; todos creerán que no está contenta con la grandeza de su padre.

Desde que ha vuelto Miantucatuc, no quita los ojos de mí, y yo tiemblo porque creo que sus ojos llegan hasta mis entrañas y ve lo que hay en ellas.

Mi hermoso español me llevará consigo cuando se vuelva. ¿No es verdad?

Su alma tiene miedo.

– Esta noche allá abajo, entre los álamos negros, junto á las aguas sonoras, – dijo López: – allí esperaré á mi alma.

Ahora vete.

El autor del Panorama

sierra cazando búfalos. El Padre-rojo no volverá hasta muy tarde. ¿Y qué traes? ¿qué traes de las grandes ciudades? – dijo la joven con una volubilidad y una curiosidad infantiles, arrojando una mirada curiosa, á los fardos que conducía el caballo.

– Traigo hermosas telas, bellas alhajas, armas para el Padre-rojo.

Oyóse un sonido semejante al de un cuerno al otro lado de la roca.

La joven se puso instantáneamente seria, y escuchó con atención.

– El Padre-rojo vuelve, – exclamó; – mi pira se apagaba cuando sonó tu señal, y sin renovarla corrí á tu encuentro. ¡Oh! ¡si Miantucatuc la encontrase apagada! ¡Adiós, mi hermoso español, adiós! ¡Cuando salga la luna, allá abajo entre las rocas, bajo los álamos negros!

La Virgen-de-la-mañana escapó hacia el pueblo, y López siguió lentamente el lento paso de su caballo.

XVIII

Miantucatuc era un joven, jefe de los apaches...

– ¿Pero á dónde vamos á parar? – dijo Arria impaciente: – tú saltas como un cigarrón de acá para allá: de la Virgen-de-la-mañana á Miantucatuc.

– Miantucatuc era un joven, jefe de una de las tribus rojas de los apaches – prosiguió el esqueleto desatendiendo, de un modo harto grosero, la observación de Arria. – Miantucatuc había hecho con un valor heroico todas sus pruebas de guerra.

Había estado metido todo un día, sin exhalar un solo grito, sin contraer una sola vez su semblante, en un saco de hormigas hambrientas, tamañas como abejas.

El joven guerrero que había en el saco á la salida del sol, había salido de él cuando éste se puso, ensangrentado, mordido, hecho una carnicería, con la piel roída, pero grave y sereno, como los guerreros de la tribu, que, sentados gravemente á su alrededor, habían permanecido todo el día sin pestañear, mirándole de hito en hito para no perder un solo movimiento de dolor ó de impaciencia.

Miantucatuc había pasado todo aquel tiempo cantando, de una manera cadenciosa, lenta y acentuada, una especie de balada, de tradición guerrera de la tribu.

Tras la prueba brutal de las hormigas, abiertas las picaduras, ensangrentado, le sujetaron á otra prueba brutal.

Suspendiéronle de un árbol por debajo de los brazos, y encendieron bajo él una hoguera, en la que echaron combustibles picantes.

Miantucatuc no contrajo sus piernas cuando las tocó el fuego, ni siquiera estornudó cuando respiró aquel humo picante, acre, insufrible, que hubiera asfixiado á un europeo.

Sucesivamente dominó á un toro.

Cabalgó sobre un caballo salvaje.

Acertó con un pesado fusil inglés á blancos difíciles.

Robó sin ser sentido, sin ser visto, un objeto depositado en un lugar vigilado y de difícil acceso.

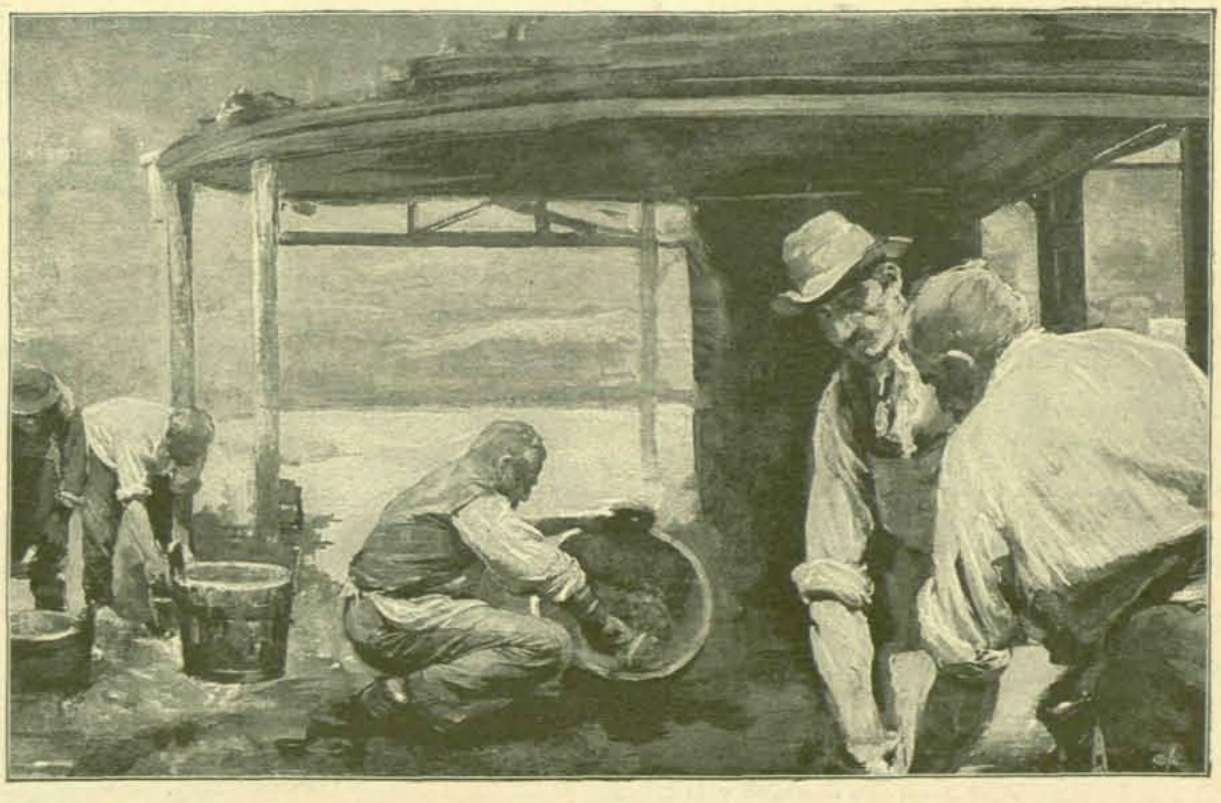
Venció á un caballo á la carrera.

Luchó, venciendo á los más esforzados.

En fin, sostuvo sobre sus hombros, inmóvil como una estatua y durante muchas horas, un pesado pedrusco.

– ¿Y no reventó con todas esas pruebas? – dijo Arria.

– Miantucatuc era un gran jefe, – dijo solemnemente el esqueleto.



Construcción del vestíbulo, dibujo de F. Wahle

Miantucatuc tiene los ojos de águila y los oídos de serpiente.

– Está allá abajo, muy abajo, con sus indios de la

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN